

EL  
PREGONER



DE DESIERT

Año 4, número 3, julio - septiembre de 2021

ESPECIAL DE CUENTOS





La Cofradía de Letras Mormonas es un colectivo integrado por miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entusiastas y amantes del Arte en general y la Literatura en particular, unidos con el propósito de descubrir y difundir la labor de escritores y, ocasionalmente, otros artistas mormones. Agradeceremos sus comentarios, sugerencias y aportaciones al correo

**cofradiadeletrasmormonas**  
@gmail.com

*La CLM y esta publicación no son oficiales ni dependen de la Iglesia ni de sus autoridades generales o locales.*

## EN ESTE NÚMERO

<u>Editorial</u>	3
<u>Cuentos</u>	4
<u>Batalla</u>	5
<u>La casa de turquesa</u>	6
<u>Mahor y la cureloma perdida</u>	9
<u>El vampiro mormón</u>	12
<u>Oficio: el perfecto cuentista</u>	17
<u>Novedades</u>	22



## NUESTRA PORTADA

Detalle del mural *Nuestros dioses* de Saturnino Herrán (1918).

# EDITORIAL

**D**ice Gustavo Adolfo Bécquer casi finalizando la sexta prosa de sus famosas *Rimas* y *Leyendas*: «Cantigas... mujeres... glorias... felicidad... mentiras todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos, ¿para qué?, ¿para qué?, para encontrar un rayo de luna».

En busca de ese rayo de luna, los hombres y las mujeres de toda época se han contado historias. En torno a una hoguera o en los salones literarios de la aristocracia, la secuencia ha sido la misma. Primero populares y orales, luego con autor y por escrito, el cuento nació para ser narrado. Los hay realistas y fantásticos, de horror y policiales, de ciencia ficción y románticos, de final abierto o de impacto.

¿Y cómo se escribe un buen cuento? Eso lo debe descubrir cada escritor. Pero algunas cosas se deben tener en cuenta. Primero que nada, la brevedad. Si bien no hay un límite de palabras o páginas, un cuento debe poder leerse sin interrupción, de principio al fin, para lograr el efecto buscado. La corta extensión define otras características: los personajes son pocos, generalmente con uno principal que puede ser el narrador o, al menos, el foco de la acción. Cada palabra y elemento descripto apuntan hacia el desenlace, tal como Edgar

Allan Poe lo planteó en su teoría sobre la narración. No hay espacio para tramas secundarias, análisis psicológicos o extensas presentaciones de ambientes y estados de ánimo, aspectos que sí forman parte de la novela. El argumento debe ser relativamente sencillo y comprensible. El escritor de cuentos debe ser sabio en el uso económico de los recursos narrativos. Cada palabra debe tener un peso y una carga de significado que ayude a la coherencia total. La geografía y la época del relato pueden ser inciertas o desprenderse de pequeñas sugerencias bien colocadas. Es posible comenzar con una introducción pero generalmente funciona bien la técnica de *in media res*, es decir que uno se va enterando de la situación a través de las acciones del protagonista, lo que obliga al lector a prestar mayor atención.

Se pueden leer buenos cuentos tradicionales, los recogidos por los hermanos Grimm, popularizados por Charles Perrault o conservados en la obra anónima *Las mil y una noches*. También están los de autores renombrados: Alice Munro, Antón Chéjov, Edgar Allan Poe, Guy de Maupassant, Horacio Quiroga, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Mark Twain, Ray Bradbury. Hay para elegir.

Pero veamos qué tienen para narrarnos los cuentistas que nos visitan en este número de *El Pregonero de Deseret* en busca de su rayo de luna...



ALEXANDER MDARIUM VIT: SVPER AT  
CASISIN ACIL PERSAR: PEDIT: CMLEQVIT  
VI RO XMIN TERPECTIS: MATRE QVOQVE  
CONIVGE LIBERIS DARI REGVM MHAVD  
AMPLIVS EQVITIB: FVGA DILAPSI CAPTIS.

*La batalla de Alejandro en  
Issos, Albrecht Altdorfer,  
óleo sobre tabla,  
1528-1529.*

CUENTOS

*cuento*

## BATALLA

Ana Enriques\*

**E**l rey mandó llamar a uno de sus hijos. —Ha llegado tu turno, hijo mío. Tus hermanos te necesitan en el frente y ya estás suficientemente preparado.

—He visto las cruentas batallas, padre. He visto a muchos de mis hermanos caer. ¿Crees que estoy realmente preparado?

—Eres valiente, hijo. Podrás con ello. Tus hermanos te necesitan. Recuerda que podrás hablarme cuando quieras... Yo esperaré tu informe cada día.

—¿Y si no puedo recordarte? ¿Qué hago si olvido mi misión?

—Deberás esforzarte. Siempre estaré junto a ti. Te enviaré mensajeros y señales,

y recordarás quién eres. No temas; sé valiente. Si luchas fielmente, vencerás.

—Ya casi es la hora... ¿Volveré a verte?

—Si eso deseas, sí. Esperaré con ansias tu regreso.

—Adiós, padre. Volveré en cuanto haya concluido la misión.

Las enormes puertas se cerraron tras el príncipe. Con su armadura puesta y la espada ceñida a la cintura, caminó decidido hacia la zona de embarque.

En algún lugar del mundo nació un niño indefenso. Su llanto rompió el silencio y, aunque sus padres no lo entendieron, era su grito de guerra.

*cuento*

## LA CASA DE TURQUESA

Moramay Alva

---

**S**entí una sacudida que me tiró al suelo y después de que algo golpeará mi cabeza, estuve inconsciente, no sé cuánto tiempo. Cuando por fin logré levantarme no podía reconocer el lugar. Traté de abrir más los ojos, y pensé en mi familia. Como pude me levanté y corrí hacia nuestra pequeña choza. El polvo era tan denso y el terreno había cambiado tanto que con mucha dificultad logré llegar. Aunque la choza era de barro y techo de palma, estaba en perfectas condiciones, un contraste total a todo el caos que había alrededor. Busqué a mi familia con desesperación, y los encontré escondidos y muy asustados en el pequeño hueco del suelo que usábamos para almacenar comida.

Salimos a recorrer el lugar y ver si alguien necesitaba ayuda. Todo estuvo en silencio por un tiempo, pero poco a poco comenzaron a escucharse llantos y el aire pronto se impregnó de lamentos. Después de que se disipó el polvo logramos distinguir con claridad la destrucción que había sucedido. Todo estaba derrumbado. Los templos estaban destruidos y había piedras inmensas por todos lados, como si hubieran sido aventadas por enormes gigantes. Había grandes piedras sobre el lecho de lo que había sido un hermoso río, que ahora era apenas un hilo de agua. Y lo que habían sido pequeñas colinas se habían convertido en paredes

de piedra que sobrepasaban por mucho la altura de los árboles.

Todos estaban en conmoción. No sabíamos qué había sucedido. Traté de ayudar, pero no sabía por dónde empezar. Había muertos por todos lados: algunos fueron aplastados por edificios, otros murieron asfixiados por el denso polvo y otros simplemente se desplomaron en el suelo, probablemente por un ataque al corazón. Los sobrevivientes estaban en tal estado de shock que no contestaban una palabra cuando se les hablaba. Mis hijos preguntaban qué había pasado, y yo hacía esfuerzos por entender e intentaba que no vieran todo el caos que había alrededor.

No sabíamos a quién acudir por ayuda; el Palacio de gobierno también estaba en ruinas y a los sacerdotes parecía habérselos tragado la tierra. Estábamos solos en esto. Pasamos algunos días durmiendo a la intemperie y buscando comida en los campos cercanos. Teníamos miedo de permanecer en nuestra choza y que un movimiento más de tierra la derrumbara sobre nuestras cabezas. Así que preferimos dormir al aire libre.

Una de las primeras cosas por hacer era sepultar a los muertos. Tardaron mucho tiempo en hacerlo, debido a la gran cantidad de ellos —casi todas las familias tenían pérdidas que lamentar—.

Milagrosamente mi familia había permanecido a salvo. Mis padres habían muerto hacía unos años y solo vivíamos en la ciudad mi esposo, mis hijos y yo, y todos estábamos ilesos. Por mucho tiempo me pregunté cuál había sido la razón de haber sido preservados, pero no logré comprenderlo y preferí concentrarme en agradecer y asegurarme de que valiera la pena el haber sobrevivido.

Después de algunos días de miedo e incertidumbre, mientras buscábamos alimento en los campos cercanos, se empezaron a escuchar voces anunciando que alguien importante había llegado y que si nos reuníamos en la plaza principal podríamos escucharlo. Desde que se sacudió la tierra y cambio todo, ningún extranjero había llegado a la ciudad. No sabíamos si otros pueblos estaban iguales porque tampoco nadie había salido. No nos atrevíamos a alejarnos mucho de nuestra familia por temor a no volverlos a ver. Con incredulidad reuní a mi familia y fuimos hacia la plaza. Me preguntaba quién podría ser tan importante como para escucharlo en medio de tanto caos.

Al llegar a la plaza vi a las personas esperando, muchos de ellos cansados de levantar piedras y palos para reconstruir sus hogares o simplemente agotados de llorar. Lo que había sucedido había sacudido no solo la tierra sino el corazón. Permanecimos sentados sobre las piedras que una vez fueron el mercado principal. Muchos no sabíamos el por qué estábamos ahí, pero otros se veían tan emocionados que su felicidad contrastaba con la destrucción que había alrededor. Yo no

entendía el por qué, ¿cómo podían estar tan felices en medio de esta tragedia? No esperamos mucho tiempo antes de ver que alguien se acercaba. Era un grupo de personas que parecían acompañar a alguien más. Cuando se acercaron lo suficiente como para ver sus rostros, vi que irradiaban una paz que jamás había visto. Sonreían y se veían llenos de luz. Entre ellos había un hombre vestido con una túnica blanca y su rostro era tan blanco que parecía el sol. No pude evitar pensar en que, si el sol y las estrellas tuvieran un cuerpo, indudablemente serían así. Se acercaron a la multitud que los esperaba y todos quedamos en silencio. Nadie se atrevía a mirar a otro lado y no dijimos ni una palabra. Nadie dijo nada, pero todos entendimos.

Recordaba lo que mi padre me había enseñado hacía unos años sobre un Redentor que vendría al mundo a salvarnos. Él incluso dibujó un hombre sobre una piedra, frente a la casa para que no olvidáramos lo que sucedería. Habían pasado tantas cosas desde entonces que ahora parecía un recuerdo muy lejano, pero en este momento estaba aquí. ¿Era este ser del que hablaba mi padre? Tan solo unos días antes un hombre, diciendo ser profeta, había estado en este mismo lugar llamándonos al arrepentimiento. Desde hace algunos años se había hecho una práctica común en la ciudad el presentar ofrendas al sol y bailar para que hubiera lluvia. Él nos dijo que dejáramos de hacerlo, pero pocos hicieron caso. Para la mayoría era más fácil adorar a un dios que no pedía mucho antes que a uno que

Detalle de *Cristo en América*, C. C. A. Christensen, óleo sobre tabla, 1903.



requería obediencia y guardar mandamientos que sentían restrictivos. La popularidad, el dinero parecían más importantes, y con ese comportamiento de sumisión nunca los obtendrían.

Ahora, de rodillas ante la presencia de un ser celestial nos dábamos cuenta de lo absurdo de nuestras excusas. Lo que apenas unos días atrás era tan importante, se desvanecía ante la sonrisa que salía de sus labios. No hay palabras que puedan expresar lo mucho que aprendimos al escucharle, pero sobre todo lo que sentimos con sus palabras. Se quedó dentro de nosotros por el resto de nuestras vidas después de escucharle, aprender de él, verle bendecirnos. Lloramos al verlo partir, pero con el amor que siempre irradiaba nos prometió que un día volvería, y de ahí en adelante vivimos cada día esperando su regreso.

Supimos que visitó las ciudades y aldeas vecinas. Escuchamos de sus milagros por mucho tiempo más, hasta que los rumores cesaron. Unos hombres lo llevaron a la ciudad de Tollan, donde se estableció por un tiempo. Les enseñó mucho más que a amarse unos a otros; también lo aplicó: amaba a todos con un amor infinito. También les enseñó a construir grandes edificios, a arar la tierra, a trabajar con sus manos. Hasta acá llegaron las historias de que en ese lugar las cosechas eran más abundantes y los frutos más grandes. Muchos

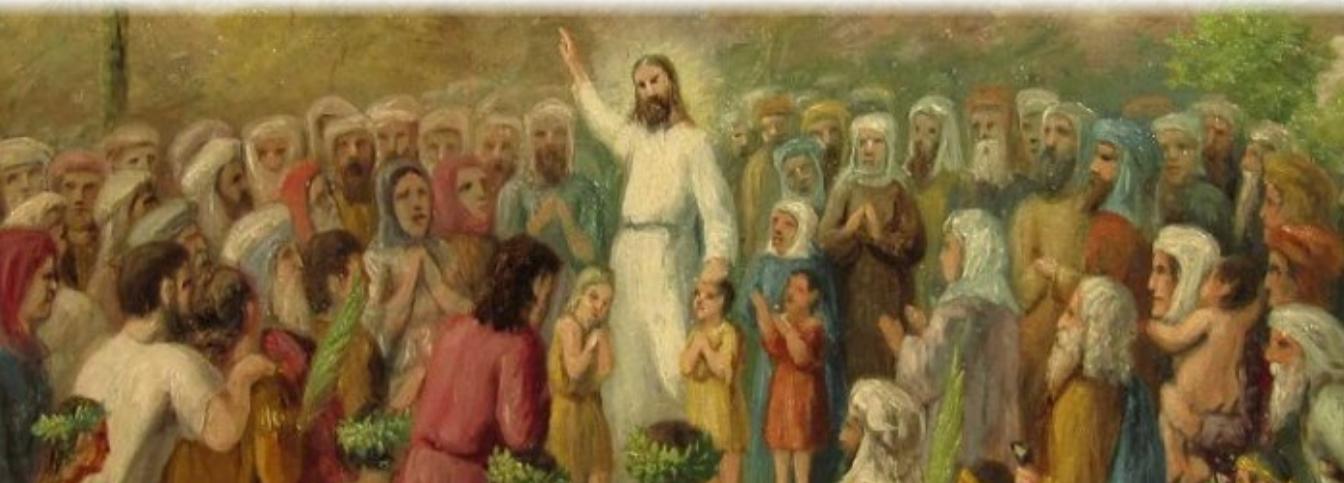
quisieron ir donde él estaba, pero pocos pudieron hacerlo.

Aquí en la ciudad, el amor que dejó lo reconstruyó todo, desde el corazón desfallecido de aquellos que perdieron a los que amaban, hasta los muros caídos. Todo se llenó de luz, y con los corazones sanados fue sencillo levantar nuevamente la ciudad. Se volvió a construir el mercado, el palacio, pero los templos nunca se levantaron: en su lugar se erigió un edificio al que cubrieron de turquesa y que parecía brillar con el sol.

El edificio no es muy grande, pero tiene hermosos detalles de madera y turquesa. Fue la mejor ofrenda que pudieron dar al ser que vino a conmovérlo todo, a derribar la maldad y levantar la redención, aquel que con sus manos nos enseñó el significado del amor por medio del servicio.

Nunca volvimos a verlo, pero su esencia jamás se fue. Lo que nos dejó se quedó tan profundamente grabado que pasarán generaciones antes de que se olvide siquiera su nombre. Después de reconstruir la ciudad los ancianos decidieron dejar algunas piedras derrumbadas en el lugar en el que cayeron, como testimonio de que lo anterior había sido destruido, pero como muestra la casa de turquesa, todo ha sido sanado con la presencia del hijo de Dios.

Detalle de *Cristo en América*,  
C. C. A. Christensen, óleo sobre tabla, 1903.



*cuento*

## MAHOR Y LA CURELOMA PERDIDA

Mario R. Montani

---

**M**ahor oteó el horizonte en busca de algún indicio. Hacía ya cinco lunas que Ripla, la cureloma, había desaparecido. Durante las dos primeras jornadas, Sherem, su padre, había esperado ansioso que regresase por sus propios medios, pero, con el siguiente amanecer, Mahor había propuesto salir en su busca. A regañadientes, Sherem y su esposa aceptaron. Eran tiempos peligrosos. Su único hijo era muy joven, y, aunque fuerte y valiente, no se les escapaba la posibilidad de que Ripla hubiese sido robada y que tuviese que enfrentar a ladrones dispuestos a todo...

Desde la traición y juramentos de Akish, las combinaciones secretas se habían extendido lentamente por toda la tierra. A pesar de haber nacido Mahor durante el próspero reinado del buen Emer, quien hacia el final de sus días había visto con sus ojos al Hijo de Justicia, los preparativos para posibles guerras no habían sido desatendidos. El joven conocía el uso de la espada y la jabalina, siendo particularmente diestro con la honda. Esta habilidad lo había mantenido alimentado por los últimos dos días, agregando alguna presa a las verduras y queso que su madre con premura le había preparado al partir.

Su primera travesía lo había llevado cerca del paraje de Ablom. Allí pudo divisar las muchas aguas de donde habían venido sus antepasados en épocas de la confusión de la gran torre, pero dudaba que la cureloma se hubiese aventurado tan lejos.

Ahora, Mahor descendió de su caballo para revisar la trampa que había colocado la noche anterior. Estaba vacía. No deseaba dedicar demasiadas horas a la caza para poder continuar con la búsqueda, pero necesitaba abastecerse de agua y algún alimento. Recordó que estaba cerca de la heredad de Paganíah, el amigo de su padre. Le convendría acercarse y recibir una buena cena...

Llegó al lugar cuando ya atardecía. De lejos divisó una diminuta figura que corría con un cántaro desde el pozo a la casa. Debía ser Jacora, la hija de Paganíah. Fueron compañeros de juegos en su niñez, pero varios años habían transcurrido sin verse. Probablemente estaría anunciando la llegada de un visitante.

Paganíah lo esperaba con los brazos en alto y lo abrazó efusivamente al desmontar.

—Bienvenido, Mahor, hijo de Sherem, mi amigo. Veo que eres ya todo un hombre. Que el Señor que conduce tus pasos te haya traído a mi sencilla morada me llena de júbilo. Ven, entra.

—Gracias, Paganíah, hijo de Kimnor. Mi padre y mi madre te desean larga vida y prosperidad —correspondió el joven.

—Cuéntame cómo te has aventurado tan lejos de casa —inquirió el anciano mientras lo invitaba a sentarse a una rústica mesa.

Antes de que pudiera responder, apareció Jacora con una vasija y les sirvió bebida y algunas viandas. Ambos habían cambiado mucho desde la

última vez que se vieron. El cabello de la joven, que Mahor había divisado recogido cuando portaba el cántaro, ahora caía abundantemente sobre sus hombros. No le dirigía la palabra y se ruborizaba ante cualquier mirada. El muchacho recibió el impacto de sus ojos, más diáfanos y brillantes que las dieciséis piedras cortadas del monte Shelem, y ya no pudo recuperarse. Se perdió varias veces en el relato que intentaba hilvanar para Paganíah.

—De modo que tu padre se ha quedado sin un curelom en plena época de siembra —concluyó su interlocutor.

—No sólo eso, Paganíah. Kibal, el curelom macho, se ha entristecido y se niega a trabajar desde que falta su compañera. Los sembradíos son muy extensos y temo por la salud de mi padre.

—Tienes razón. Aquí me he arreglado con algunos bueyes, pero el terreno es pequeño... ¿Sabes? Cuando tu padre y yo éramos niños, tanto los curelomes como los cumomes abundaban en el país, pero tras la división del reino comenzaron a mermar. Muchos profetas que aparecieron en aquella época nos advirtieron sobre calamidades que ocurrirían. Hoy, los pocos elefantes y cumomes que quedan se utilizan principalmente en las minas de oro y plata del Monte Shim. Es ya raro que se reproduzcan.

—Tus labios dicen la verdad. Ripla y Kibal han estado con nosotros por más de una generación pero jamás han tenido descendencia.

—Bien. Quédate a dormir aquí esta noche y mañana con el alba y bien descansado podrás continuar tu ruta.

A pesar de un lecho más cómodo de paja y pieles, a Mahor le costó conciliar el sueño. El rostro y la figura de Jacora no se apartaban de su mente. Las tímidas sonrisas que le había concedido durante la

cena provocaron que su corazón galopara como un cumom espantado. Finalmente logró dormirse...

Antes de que el sol despuntara, el joven se hallaba de pie preparando su viaje. Se despidió, agradecido, de padre e hija. Paganíah lo llevó aparte.

—Mi querida compañera ha seguido el camino de toda la tierra, hace ya muchas lunas. No sé cuándo el Señor, bendito sea su nombre, me llamará para estar a su lado. Algunos de mis huesos necesitan un descanso. Tuvimos a Jacora casi entrando en la vejez. Quiero que le pidas a tu padre que, el día que yo falte, pueda cuidar de ella y ayudarle a encontrar un buen esposo entre los hijos de aquellos que siguen las palabras de los profetas.

Mahor prometió trasladar su pedido, asegurando que pasaría mucho tiempo antes de que tal cosa fuese necesaria.

Partió, sin muchos deseos y con cierta congoja interior.

Cabalgó toda la jornada en busca de indicios y huellas por la tierra de Het hasta que cayó la noche, fría y temprana. Las estrellas brillaban en lo alto.

Cansado, dejó pastando a su cabalgadura y cayó de rodillas. Oró con fervor como por mucho tiempo no lo había hecho. Algunas de las palabras eran suyas y otras de haberlas oído en boca de los ancianos:

«Padre del firmamento, de la tierra y de todo lo que en ellos hay. Sé que por tu mandato se abren y cierran los cielos, el suelo tiembla y las generaciones pasan. Sé que el bien de ti procede y la verdad mora contigo. Sé que has oído la voz de mis antepasados y les has favorecido. ¡Escucha las palabras que salen de mis labios y de mi corazón! Temo por el bienestar de Sherem, mi padre, pues se ha angustiado en extremo por causa de los curelomes. Sin ellos, sembrar será difícil, y pasaremos hambre.

Permíteme hallar a Ripla, si es tu voluntad, para retornarla a nuestra heredad, y aléjala de los senderos de ladrones y bestias salvajes».

Al finalizar se sintió más tranquilo. Los alimentos que Jacora le había envuelto para el viaje lo calmaron.

A la mañana siguiente decidió retornar a su hogar, pasando por regiones que no había visitado en su primera inspección. Le hubiera gustado llevar buenas noticias a su padre. Tal vez no tenía la fe suficiente como para que el Señor lo escuchase.

Se dirigió a las llanuras de Agosh. A la sombra del monte Shim, en la ladera sur, se extendía un prado verde, sembrado de árboles, siguiendo la orilla curva del río. Un pequeño manantial alimentaba la hierba...

Trepó a un gran árbol que extendía sus ramas cerca del sendero que seguía, intentando ver un poco más lejos. A un tiro de honda divisó una hondonada que no había visitado antes.

Al acercarse, caminando, llevando de las bridas a su compañero, oyó el inconfundible bufido de un curelom. Se agazapó al borde del cañadón para observar sin ser visto.

Allí estaba Ripla, tendida sobre el pasto. Olfateaba el aire como sintiendo su presencia. Dos figuras más pequeñas la rodeaban. Debían ser carroñeros.

Tanteó sigilosamente su morral en busca de la honda y piedras con la idea de espantarlos.

Al apuntar cuidadosamente, la sorpresa lo paralizó... Ripla estaba amamantando a las criaturas. Eran... Sí ¡La cureloma había tenido cría!

Descendió por la ladera de la cañada. Ripla daba muestras de contento y le permitió acercarse. Cayó nuevamente de rodillas con una mezcla de júbilo y agradecimiento, acariciando los tibios cuerpecitos, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Comenzaba a comprender.

La cureloma había escapado a un lugar cercano al agua para tener su cría. Ahora estaba esperando que tuvieran fuerza suficiente para subir la empinada cuesta. Los ayudaría.

En dos viajes, los cargó en sus brazos y los depositó junto a su caballo. Ripla no pareció molestarse y los siguió mansamente.

Mahor estaba feliz. Tendrían curelomes por otra generación. Imaginaba el júbilo de su padre. El viaje de regreso sería un poco más lento para acomodarse al paso de los recién llegados.

Pero antes, aunque tuviese que desviarse un poco, pasaría a visitar a Paganíah para darle las buenas nuevas... Se sonrió ¿Desde cuándo le importaba tanto este viejo amigo de su padre?

Estarían llegando al atardecer...

*Atardecer, Indira Deviagge,  
pintura digital, 2021.*





Indira Devillage,  
pintura digital, 2021.

# EL VAMPIRO MORMÓN

Renan Silva

cuento

## EL VAMPIRO MORMÓN

Renan Silva

---

**Y**a era tarde cuando Eduard volvía a su casa, al final de un largo día de mucho trabajo. Tenía prisa por la hora, y por miedo de sufrir alguna agresión. Algunas personas de Etem se burlaban de él, y algunos lo amenazaban, precisamente por ser mormón, a pesar de que casi nadie sabía lo que quería decir eso. Él no podía imaginar lo que estaba por suceder.

En la calle oscura no había visto a nadie, aunque varias veces miró a los costados y hacia atrás para asegurarse de que nadie lo seguía. Aun así, se le apareció enfrente un hombre alto, un anciano (le pareció) que llevaba puesta una larga capa negra, y con una voz fría, le dijo:

—Joven, ¿verdad que eres mormón?

—Sí, lo soy; soy de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Y, por cierto, por lo menos por ahora, soy el único ciudadano de Etem que pertenece a dicha Iglesia.

—Pero qué nombre largo para una iglesia, ¿no te parece?

—Sí, pero tiene todo sentido que sea largo, por lo que representa.

—Ya veo. Y ¿serías tan amable de venir a mi casa para que yo pueda saber más de ti en cuanto a tu religión?

—Sí, por supuesto. Ahora, lamentablemente, no puede ser, ya pasan de las diez, y debo regresar a casa y ordenar las cosas para mi trabajo mañana. Pero, si está bien para ti, puedo ir mañana o pasado. ¿Qué dices?

—No, no puedo esperar hasta mañana o cualquier otro día, tiene que ser ahora. No sabes el hambre que tengo por adquirir más conocimiento de ti. ¿No puedes venir ahora? Te juro que va a ser rápido.

—Bueno, está bien. Pero no me voy a poder quedar mucho allá.

—Está bien, no te arrepentirás. Y, ya que eres el único de tu iglesia en esta nación, voy a sacar todo lo que pueda de ti. Eres la única fuente de la que puedo extraer lo que mi sed de conocimiento demanda.

—Buenos, nos vamos entonces, y conversamos en tu casa todo lo que quieras. ¿Vives cerca de aquí?

—No, en realidad no. Pero tengo medios para hacernos llegar rápido a mi casa. Ya verás.

El misterioso señor silbó fuerte, y luego se apareció un auto que los llevó, en pocos minutos, a las afueras de la ciudad, a la Mansión de las Sierras, una de las más antiguas construcciones de todo Etem, y también una de las más temidas.

En el trayecto, Eduard no sabía qué debía de sentir —miedo o esperanza— por ir a la casa de un desconocido, en una zona que no conocía, y en aquellas horas de la noche. Pero su nuevo conocido lo distrajo hablando de trivialidades: el clima, el crecimiento urbano de la ciudad, etc.

Dentro de la casa, Eduard sintió un escalofrío. Antes de que cualquier palabra pudiera salir de su boca, su anfitrión le dijo:

—Bienvenido a mi casa. Mansión de las Sierras le dicen. Vayamos al grano. Tienes algo de prisa, y yo también. Quiero terminar esto antes de la medianoche, y hay un par de cosas que quiero saber. ¿Aceptas una copa? —le dijo, ofreciéndole una copa de contenido dudoso.

Eduard movió la cabeza, como si quisiera decir que no.

—Entonces es cierto lo que dicen de ustedes. Imaginé que no tomarías esto, por tus reglas. Bueno, lo entiendo. También tengo las mías.

Se sentaron los dos en sillones largos uno delante del otro.

—Qué maleducado soy. Tengo que presentarme. Soy Viskar, el último miembro de una considerable familia del Reino de Etem. En muchas oportunidades controlamos esta nación, pero nuestros enemigos siempre intentan quitarnos el poder. La última vez, lo hicieron con la ayuda de los comunistas, por cierto. Así que somos únicos, nosotros dos. Tú el primero, y yo el último. Pero, a diferencia de ti, no tengo planes de reproducir en otros el linaje al que

pertenezco. Mientras tú, estás dispuesto a todo, por lo que supe, por defender a tu religión, incluso a morir, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Me encantaría que otros ciudadanos de Etem se hicieran mormones, pero no quiero obligar a nadie, por supuesto. Y, sí, daría mi vida por mi religión.

—¿Darías tu vida para que alguien se hiciera mormón?

—Sí, claro.

—Qué bien. Te busqué porque me gustaría conocer tu iglesia. Ya había conocido algo de los mormones muchos años antes, en otros países de Europa. Y cuando escuché a la gente decir que había un mormón en nuestro país, sentí que podría perder la oportunidad de conocerte. Por eso te busqué esta noche para aprender un poco más de ti. Pero no a la manera de los hombres comunes, no. Quiero aprender de ti a la manera de mis ancestros. Sé que en Alemania, Austria, Suiza, y otros países hay muchos mormones, pero ninguno tiene lo que tú tienes: la sangre de Etem. Y, aparte de que eres el único hijo de Etem que es mormón, también eres el único mormón en todo el mundo que es descendiente del gran Patriarca que vino del Norte. Además, ningún otro mormón conoce nuestra historia, nuestro idioma. Lo que quiero saber debe salir de ti, tengo que sacarlo de ti.

—Te entiendo —dijo asombrado—, pero ¿qué es lo que quieres aprender de un mormón? ¿Por qué te interesas tanto por nosotros? ¿Te quieres volver mormón? Jajaja.



Indira Deviagge,  
pintura digital, 2021.

—Algo así. Cuéntame, ¿cómo te hiciste mormón? Como eres el único de Etem, calculo que no naciste mormón.

—Exacto. Conocí la Iglesia en Inglaterra. Estaba allí estudiando, y conocí a dos misioneros mormones. Ellos me vieron en la calle, me invitaron a escucharlos, y bueno, me convencí de todo lo que decían. Me enamoré de la Iglesia, del Libro de Mormón, y de todo lo demás.

—Cálmate, joven, cálmate. No quiero tantos detalles de tus experiencias presuntamente espirituales. ¿Fuiste alguna vez a un templo mormón?

—Sí, por supuesto. Asistí al Templo de Londres varias veces.

—Excelente entonces. Ahora dime, ¿qué piensan ustedes de la importancia de los linajes familiares?

—Bueno, para nosotros la familia lo es todo. Sostenemos la importancia de preservar registros e historias familiares. Además, creemos que la familia fue ordenada por Dios, y que parte importante de nuestro propósito en la tierra es crear hijos para Dios, en familias que respeten esos principios.

—¿Y estás casado? ¿Tienes hijos?

—No —dijo el entrevistado, algo avergonzado—. Todavía no. Si estuviera casado, no sería el único mormón de Etem, ¿no cree? —y se rió de sí mismo.

—Tienes razón. Y supongo que ese es un método más para multiplicar a los mormones, ¿no es cierto?, jajaja.

—¡Exacto! Y me parece que es uno de los más eficaces. Jajaja.

—Bien, bien. Veo que también tienes buen humor. Me gusta eso. Y eso hace todo más fácil. ¿Cómo se convierte uno en mormón? ¿Cuál es el proceso?

—Bueno, es por medio del bautismo que llega-

mos a ser miembros de la Iglesia, y, así mormones, como nos dicen todos.

—Bien, y ¿cómo es ese su bautismo?

—Nos bautizamos en el agua, como lo hizo Jesucristo. Es por inmersión, o sea, hay que meterse en el agua. Uno que tiene la autoridad nos lleva al agua, dice las palabras apropiadas y nos sumerge en el agua. No nos quedamos mucho bajo el agua, es solo por un segundo. Eso sirve de señal de que nacemos de nuevo, para una nueva vida, limpios de todos nuestros pecados, por la sangre de Jesucristo. Morimos y nacemos de nuevo en el agua.

—Así que la sangre para ustedes es algo importante.

—Sí, pero no literalmente. Jesucristo es el cordero inmaculado de Dios, y Su sangre es parte importante del gran sacrificio que Él hizo por nosotros. Por eso, en nuestra práctica religiosa hay cosas que representan o hacen referencia a Su sangre.

—¿Como qué?

—En la Santa Cena, por ejemplo. Tomamos pan en memoria del cuerpo de Cristo, y agua en memoria de Su sangre.

—¿Agua? ¿No usan vino?

—No, usamos agua. En un momento, en el principio de la Iglesia, se usó vino, pero luego se cambió a agua. Pero lo más importante es lo que se representa, no la representación.

—Entonces, ¿qué creen en cuanto a la sangre en sus sacramentos? ¿El agua se convierte en la sangre de Cristo, que se vuelve a esparcir por todos? ¿O es solo una representación de dicha sangre?

—Es una representación, por supuesto.

—Entiendo. Así que bueno, tienes conocimiento y experiencia en el mormonismo; eres casto; no te contaminas con bebidas ni nada por el estilo; y, lo más importante de todo, tienes la sangre de Etem en tus venas, purificada por el mormonismo.

Eso es perfecto para mí. Bueno, lo siento, pero ya te pregunté lo suficiente.

—¿Ya? Pensé que querías saber más.

—Sí, hay mucho que quiero conocer. Pero, lo que quiero saber no se puede aprender con preguntas y respuestas. Se puede aprender, pero no se puede enseñar. Las formas de transmitir ese conocimiento son distintas.

—No te entiendo.

El anfitrión se paró, y Eduard, por instinto, hizo lo mismo.

—Me parece ser una muy buena persona, y siento mucho que nos hayamos conocido así, y que no vayamos a conversar más. En otras condiciones capaz nos haríamos amigos. Pero, tiene que ser así.

La cara del viejo se puso muy distinta de como estaba al principio. Si antes era amable y cordial, ahora parecía amenazador. Se acercó a Eduard, quien dio un paso atrás, pero el dueño de la casa le agarró el brazo con sus manos heladas, y le dijo:

—Lo siento, pero el primer mormón de Etem va a dar su vida por el último vampiro de Etem. No te va a doler mucho, te lo juro. No hagas esa cara, no es nada de otro mundo. Te duele al principio, pero luego se acaba el dolor.

—Pero... pero... ¿por qué? ¿Por qué me vas a hacer eso?

—Te lo estoy diciendo toda la noche, ¿dónde estabas que no me escuchaste? Quiero conocer todos sus secretos, toda su doctrina, y quiero sentir lo que siente un mormón al tomar sus sacramentos, al entrar en sus templos, y todo lo demás. Y eso solo se puede hacer experimentando la sangre de quien se quiere obtener todo ese conocimiento. Al beber tu sangre, conoceré tus memorias, sentiré lo que sentiste y sabré lo que sabes.

—Pero, ¿y yo? ¿Por qué tengo que morir? ¿No hay otra manera?

—Sabes que no. Es solo por la sangre que se puede obtener un conocimiento perfecto de lo que sienten los demás. Y ustedes, mormones, saben tan bien como yo que todos ustedes, humanos, deben morir, tarde o temprano, de una o de otra manera. Además, dijiste que darías tu vida para que yo pudiese hacerme mormón. Y ahora debes cumplir con tu palabra. ¡Gracias!

El último vampiro de Etem no dio tiempo ni para un grito de horror.

Le quitó toda la sangre, dejando a Eduard totalmente sin vida.

Al terminar su macabra ceremonia, el asesino sintió un éxtasis que jamás otro vampiro sintió en toda la historia de este mundo.

Se convirtió así en el primer vampiro mormón, y, por lo que se sabe, en el único.

No pudo, sin embargo, quedarse solo. Se mudó a Inglaterra, donde su precursor había conocido el mormonismo, y asistió a las reuniones sacramentales todos los días domingo. No era capaz de tomar el agua, aunque sí tomaba del pan. Asistió un par de veces al templo. Pero no recibía a nadie en su casa. Se aprovechó de la identidad de Eduard para no pasar por las mismas experiencias que su víctima ya había pasado. No bebió más sangre, y por muchos años languideció, llevando consigo el secreto de su vida. Creían que envejecía. Cuando no tenía dudas de que moriría por causa de no consumir más sangre, decidió confesarse a su obispo local.

No puedo, ni podré jamás olvidar su terrible narración y mi incredulidad frente a ese anciano indefenso, en su lecho de muerte, quien, como única prueba de su historia, me mostró sus dientes afilados. Y luego de este último esfuerzo dejó esta vida, dejando en mí las más horribles dudas en cuanto al destino y al origen de la vida mortal y del espíritu.



# Para ser un perfecto cuentista mormón

Selección de Gabriel González Núñez

Detalle de *Moisés rompiendo las Tablas de la Ley*, Gustave Doré, grabado, 1866.

**S**i de cuentistas hablamos, en el olimpo hispano hay pocas figuras tan elevadas como Horacio Quiroga. El autor de *Los desterrados* marca un antes y un después en el cuento hispanoamericano, y por lo tanto, vale la pena prestar atención a lo que escribió. Además de sus magistrales cuentos, nos dejó textos sobre cómo crear narraciones breves. (Quiroga consideraba que el cuento era la forma más elevada de narrar.) Por ello, en este número seleccionamos dos trabajos esenciales para todo el que busque convertirse en «perfecto cuentista».

El primero es un ensayo en el que Quiroga esboza algunos trucos del arte de narrar cuentos:

## Manual del perfecto cuentista

Una larga frecuentación de personas dedicadas entre nosotros a escribir cuentos, y alguna experiencia personal al respecto, me han sugerido más de una vez la sospecha de si no hay, en el arte de escribir cuentos, algunos trucos de oficio, algunas recetas de cómodo uso y efecto seguro, y si no podrían ellos ser formulados para pasatiempo de

las muchas personas cuyas ocupaciones serias no les permiten perfeccionarse en una profesión mal retribuida por lo general y no siempre bien vista.

Esta frecuentación de los cuentistas, los comentarios oídos, el haber sido confidente de sus luchas, inquietudes y desesperanzas, han traído a mi ánimo la convicción de que, salvo contadas excepciones en que un cuento sale bien sin recurso alguno, todos los restantes se realizan por medio de recetas o trucos de procedimiento al alcance de todos, siempre, claro está, que se conozcan su ubicación y su fin.

Varios amigos me han alentado a emprender este trabajo, que podríamos llamar de divulgación literaria, si lo de literario no fuera un término muy avanzado para una anagnosia elemental.

Un día, pues, emprenderé esta obra altruista, por cualquiera de sus lados, y piadosa, desde otros puntos de vista.

Hoy apuntaré algunos de los trucos que me han parecido hallarse más a flor de ojo. Hubiera sido mi deseo citar los cuentos nacionales cuyos párrafos extracto más adelante. Otra vez será. Contentémonos por ahora con exponer tres o cuatro recetas de las más usuales y seguras, convencidos de que ellas facilitarán la práctica cómoda y

casera de lo que se ha venido a llamar el más difícil de los géneros literarios.

Comenzaremos por el final. Me he convencido de que, del mismo modo que en el soneto, el cuento empieza por el fin. Nada en el mundo parecería más fácil que hallar la frase final para una historia que, precisamente, acaba de concluir. Nada, sin embargo, es más difícil.

Encontré una vez a un amigo mío, excelente cuentista, llorando, de codos sobre un cuento que no podía terminar. Faltábale sólo la frase final. Pero no la veía, sollozaba, sin lograr verla así tampoco.

He observado que el llanto sirve por lo general en literatura para vivir el cuento, al modo ruso; pero no para escribirlo. Podría asegurarse a ojos cerrados que toda historia que hace sollozar a su autor al escribirla, admite matemáticamente esta frase final:

«¡Estaba muerta!»

Por no recordarla a tiempo su autor, hemos visto fracasar más de un cuento de gran fuerza. El artista muy sensible debe tener siempre listos, cómo lágrimas en la punta de su lápiz, los admirativos.

Las frases breves son indispensables para finalizar los cuentos de emoción recóndita o contenida. Una de ellas es:

«Nunca volvieron a verse».

Puede ser más contenida aun:

«Sólo ella volvió el rostro».

Y cuando la amargura y un cierto desdén superior priman en el autor, cabe esta sencilla frase:

«Y así continuaron viviendo».

Otra frase de espíritu semejante a la anterior, aunque más cortante de estilo:

«Fue lo que hicieron».

Y ésta, por fin, que por demostrar gran dominio de sí e irónica suficiencia en el género, no recomendaría a los principiantes:

«El cuento concluye aquí. Lo demás, apenas si tiene importancia para los personajes».

Esto no obstante, existe un truco para finalizar un cuento, que no es precisamente final, de gran efecto siempre y muy grato a los prosistas que escriben también en verso. Es este el truco del *leitmotiv*.

Comienzo del cuento: «Silbando entre las pajas, el fuego invadía el campo, levantando grandes llamaradas. La criatura dormía...»

Final: «Allá a lo lejos, tras el negro páramo calcinado, el fuego apagaba sus últimas llamas...»

De mis muchas y prolijas observaciones, he deducido que el comienzo del cuento no es, como muchos desean creerlo, una tarea elemental. «Todo es comenzar». Nada más cierto, pero hay que hacerlo. Para comenzar se necesita, en el noventa y nueve por ciento de los casos, saber a dónde se va. «La primera palabra de un cuento —se ha dicho— debe ya estar escrita con miras al final».

De acuerdo con este canon, he notado que el comienzo exabrupto, como si ya el lector conociera parte de la historia que le vamos a narrar, proporciona al cuento insólito vigor. Y he notado asimismo que la iniciación con oraciones complementarias favorece grandemente estos comienzos. Un ejemplo:

«Como Elena no estaba dispuesta a concederlo, él, después de observarla fríamente, fue a coger su sombrero. Ella, por todo comentario, se encogió de hombros».

Yo tuve siempre la impresión de que un cuento comenzado así tiene grandes posibilidades de triunfar. ¿Quién era Elena? Y él, ¿cómo se llamaba? ¿Qué cosa no le concedió Elena? ¿Qué motivos tenía él para pedírselo? ¿Y por qué observó fríamente a Elena, en vez de hacerlo furiosamente, como era lógico de esperar?

Véase todo lo que del cuento se ignora. Nadie lo

sabe. Pero la atención del lector ya ha sido cogida por sorpresa, y esto constituye un desiderátum, en el arte de contar.

He anotado algunas variantes a este truco de las frases secundarias. De óptimo efecto suele ser el comienzo condicional:

«De haberla conocido a tiempo, el diputado hubiera ganado un saludo, y la reelección. Pero perdió ambas cosas».

A semejanza del ejemplo anterior, nada sabemos de estos personajes presentados como ya conocidos nuestros, ni de quién fuera tan influyente dama a quien el diputado no reconoció. El truco del interés está, precisamente, en ello.

«Como acababa de llover, el agua goteaba aún por los cristales. Y el seguir las líneas con el dedo fue la diversión mayor que desde su matrimonio hubiera tenido la recién casada».

Nadie supone que la luna de miel pueda mostrarse tan parca de dulzura al punto de hallarla por fin a lo largo de un vidrio en una tarde de lluvia.

De estas pequeñas diabluras está constituido el arte de contar. En un tiempo se acudió a menudo, como a un procedimiento eficazísimo, al comienzo del cuento en diálogo. Hoy el misterio del diálogo se ha desvanecido del todo. Tal vez dos o tres frases agudas arrastren todavía; pero si pasan de cuatro el lector salta en seguida. «No cansar». Tal es, a mi modo de ver, el apotegma inicial del perfecto cuentista. El tiempo es demasiado breve en esta miserable vida para perderselo de un modo más miserable aún.

De acuerdo con mis impresiones tomadas aquí y allá, deduzco que el truco más eficaz (o eficiente, como se dice en la Escuela Normal), se lo halla en el uso de dos viejas fórmulas abandonadas, y a las que en un tiempo, sin embargo, se entregaron con toda su buena fe los viejos cuentistas. Ellas son:

«Era una hermosa noche de primavera» y «Había una vez...»

¿Qué intriga nos anuncian estos comienzos? ¿Qué evocaciones más insípidas, a fuerza de ingenuas, que las que despiertan estas dos sencillas y calmas frases? Nada en nuestro interior se violenta con ellas. Nada prometen ni nada sugieren a nuestro instinto adivinatorio. Puédese, sin embargo, confiar en su éxito... si el resto vale. Después de meditarlo mucho, no he hallado a ambas recetas más que un inconveniente: el de despertar terriblemente la malicia de los cultores del cuento. Esta malicia profesional es la misma con que se acogería el anuncio de un hombre al que se dispusiera a revelar la belleza de una dama vulgarmente encubierta: «¡Cuidado! ¡Es hermosísima!».

Existe un truco singular, poco practicado, y, sin embargo, lleno de frescura cuando se lo usa con mala fe.

Este truco es el del lugar común. Nadie ignora lo que es en literatura el lugar común. «Pálido como la muerte» y «Dar la mano derecha por obtener algo» son dos bien característicos.

Llamamos lugar común de buena fe al que se comete arrastrado inconscientemente por el más puro sentimiento artístico; esta pureza de arte que nos lleva a loar en verso el encanto de las grietas de los ladrillos del andén de la estación del pueblecito de Cucullú, y la impresión sufrida por estos mismos ladrillos el día que la novia de nuestro amigo, a la que sólo conocíamos de vista, por casualidad los pisó.

Esta es la buena fe. La mala fe se reconoce en la falta de correlación entre la frase hecha y el sentimiento o circunstancia que la inspiran.

Ponerse pálido como la muerte ante el cadáver de la novia es un lugar común. Deja de serlo cuando al ver perfectamente viva a la novia de nuestro amigo, palidecemos hasta la muerte.

## Decálogo del perfecto cuentista

«Yo insistía en quitarle el lodo de los zapatos. Ella, riendo, se negaba. Y, con un breve saludo, saltó al tren, enfangada hasta el tobillo. Era la primera vez que yo la veía; no me había seducido, ni interesado, ni he vuelto más a verla. Pero lo que ella ignora es que, en aquel momento, yo hubiera dado con gusto la mano derecha por quitarle el barro de los zapatos».

Es natural y propio de un varón perder su mano por un amor, una vida o un beso. No lo es ya tanto darla por ver de cerca los zapatos de una desconocida. Sorprende la frase fuera de su ubicación psicológica habitual; y aquí está la mala fe.

El tiempo es breve. No son pocos los trucos que quedan por examinar. Creo firmemente que si añadimos a los ya estudiados el truco de la contraposición de adjetivos, el del color local, el truco de las ciencias técnicas, el del estilista sobrio, el del folklore, y algunos más que no escapan a la malicia de los colegas, facilitarán todos ellos en gran medida la confección casera, rápida y sin fallas, de nuestros mejores cuentos nacionales...

*El segundo trabajo que seleccionamos para nuestros lectores, y futuros perfectos cuentistas, es un conjunto de diez reglas que se ha convertido en uno de los textos más difundidos sobre este tema. Estas reglas han sido reproducidas, adaptadas y hasta disputadas una y otra vez. Vale la pena repasarlas:*

**I.** Cree en un maestro —Poe, Maupassant, Kipling, Chéjov— como en Dios mismo.

**II.** Cree que su arte es una cima inaccesible. No sueñes en domarla. Cuando puedas hacerlo, lo conseguirás sin saberlo tú mismo.

**III.** Resiste cuanto puedas a la imitación, pero imita si el influjo es demasiado fuerte. Más que ninguna otra cosa, el desarrollo de la personalidad es una larga paciencia.

**IV.** Ten fe ciega no en tu capacidad para el triunfo, sino en el ardor con que lo deseas. Ama a tu arte como a tu novia, dándole todo tu corazón.

**V.** No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas.

**VI.** Si quieres expresar con exactitud esta circunstancia: «Desde el río soplaban el viento frío», no hay en lengua humana más palabras que las apuntadas para expresarla. Una vez dueño de tus palabras, no te preocupes de observar si son entre sí consonantes o asonantes.

**VII.** No adjetives sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él solo tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.



VIII. Toma a tus personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta, aunque no lo sea.

IX. No escribas bajo el imperio de la emoción. Déjala morir, y evócala luego. Si eres capaz entonces de revivirla tal cual fue, has llegado en arte a la mitad del camino.

X. No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida del cuento.

*Los diez consejos de Quiroga se aplican plenamente al cuentista santo de los últimos días, aunque merecen alguna adaptación por causa de las particularidades de la experiencia mormona. Con el fin de inspirar a los santos a ensayar el cuento, me atrevo (sabiendo que es una impertinencia) a agregar dos reglas más, para cerrar con una especie de dodecálogo del perfecto cuentista mormón:*

XI. No pienses en los líderes de la Iglesia al escribir, ni en los juicios que ellos puedan emitir en cuanto a tu testimonio o fidelidad. Escribe conforme a los dictados de tu propia consciencia.

XII. No trates de hacer sentir el Espíritu al contar. El Espíritu Santo está por encima de tu control y voluntad. Lo que puedes controlar es tu arte. Trata más bien de perfeccionarla, y si algo viene después, será solo por añadidura.

Detalle de *Moisés mostrando los diez mandamientos*, Gustave Doré, grabado, 1865.



# NOVEDADES



## Obras hispanas en *Irreantum*

Ya salió el número 17.2 de *Irreantum*, que tiene dos obras en castellano: el poema [«Manga de langostas»](#) de Teresa Rosa Coustés de Ciccio y el cuento [«Y no preguntes más...»](#) de [Mario R. Montani](#).

### IRREANTUM

[HOME](#) [ABOUT](#) [SUBMISSION GUIDELINES](#) [ARCHIVES](#) [ANNOUNCEMENTS](#)

#### Manga de langostas

Me habían ya comentado que la langosta era brava, yo siempre veía una pero a mí no me asustaba.

Como las duras langostas de patas anaranjadas saben bien su recorrido no se las ve por las playas.

## Nuevos libros para niños

[Gabriel González Núñez](#) ha publicado en edición de Penguin Uruguay dos títulos adicionales dentro de la colección «Me llamo...»:

[Me llamo Clemente, y así me hice investigador](#)

[Me llamo Lágrima, y así me hice cantante](#)





## Escritores dos Últimos Dias

# Página para quienes escriben en portugués

Es difícil contar la cantidad de páginas web y organizaciones que de un modo u otro se vinculan con los escritores SUD de habla inglesa. Por nuestra parte y en nuestro idioma, la Cofradía tiene tres presencias en Facebook: el grupo [Cofradía de Letras Mormonas](#), la página [Cofradía de Letras Mormo-](#)

[nas](#) y la página [Escritores de los Últimos Días \(SUD\)](#). Nos da gusto anunciar que uno de los autores publicados en este número, Renan Silva, ha organizado una página en Facebook para los escritores SUD que crean en la lengua de Luís de Camões: [Escritores dos Últimos Dias](#). ¡No dejen de darse una vuelta por ahí!

¡UNITE A NUESTRO GRUPO EN FACEBOOK  
Y ENTERATE DE MÁS NOVEDADES!



Cofradía de Letras Mormonas

Cofradía de Letras Mormonas

Grupo público · 104 miembros



Información

Conversación

Salas

Miembros

Eventos

Multimedia

Archivos

